

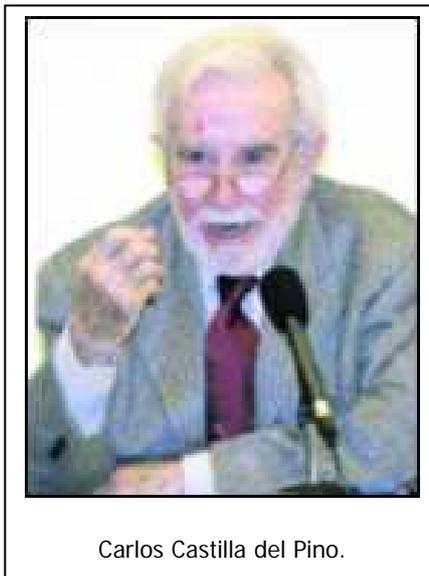
«La industria farmacéutica promueve, en parte, la psiquiatrización social»

«Las depresiones con tristeza inmotivada e inhibición son tan escasas ahora como cuando no había bipolares y lo que diagnosticábamos era ciclotimia»

CARLOS CASTILLA DEL PINO, PSIQUIATRA Y ESCRITOR

J. L. ARGÜELLES

El pertinaz e impertinente ruido de un taladro le ha impedido pegar ojo, así que cuando aparece por el vestíbulo del hotel tiene el aspecto fiero de algunas de sus mejores fotos, la de un león plateado entre sofás, alfombras y lamparitas a media luz. La recepcionista, un poco azorada, le pide disculpas mientras afuera empieza a llover y Carlos Castilla del Pino, uno de los más eminentes psiquiatras españoles, mira hacia el plomo del Cantábrico y cambia de asunto. Atenderá a los periodistas, pero sin distinciones. Más relajado, se demora en las respuestas y desliza incluso el esquema de un «relato clínico» que le gustaría escribir: un tipo que vuelve a su pueblo tras décadas de emigración y que se ahorca en el interior de un armario tras darse cuenta de que es un desconocido para todos. El ilustre catedrático y memorialista de fuste ha sido invitado por la tertulia Les Comadres para impartir una conferencia, «Escenarios de la vida humana». Antes, media hora de conversación que dio, más o menos, para lo que sigue.



Perfil

Carlos Castilla del Pino

Nació en 1922 en San Roque, Cádiz. Trabajó en el Instituto Ramón y Cajal, dirigió el Dispensario de Psiquiatría de Córdoba y ejerció como catedrático de Psiquiatría.

Está considerado como uno de los psiquiatras españoles con mayor prestigio internacional. Tiene publicada una importante obra ensayística de referencia: «Un estudio sobre la depresión», «La culpa», «Psicoanálisis y marxismo», «La incomunicación», «Introducción a la Psiquiatría», «Estudios de psicopatología sexual» o «Teoría de la alucinación».

Aún pasa consulta.

Es autor de una intensa obra de memorias en dos tomos, «Pretérito imperfecto» (premio «Comillas» de 1996) y «La Casa del Olivo», así como de algunas obras de ficción.

-La vida humana transcurre en escenarios, vida pública, vida privada o vida íntima, que no hay que confundir con la privada. La íntima es la vida interior de cualquier persona: pensamientos, deseos, fantasías... Cada una de esas vidas cumple un cometido, porque el ser humano es un ser social, pero en la vida privada uno se alivia de las tensiones de la vida pública y escoge, con complicidad, a la persona con quien compartir ese escenario, que también está lleno de tensiones. La única vida en la que no hay tensión y que es un refugio, el auténtico descanso del guerrero, es la vida íntima.

-¿Hay un «yo» común en esos tres escenarios?

-Hay un sujeto que fabrica «yoes» versátiles, que sirven para una u otra función. Esos «yoes» son la presentación del sujeto.

-Son muchos los psiquiatras que hablan, cuando no denuncian, una creciente «psiquiatrización» de nuestras vidas.

-La psiquiatría tiene una función clara, que es que los que medicamos nos entendamos sobre el trastorno que diagnosticamos. Psiquiatrizar, llevar a la vida cotidiana lo que es un paradigma que sólo sirve para la clínica, es un abuso.

-Lo cierto es que los médicos de primera atención cada vez remiten como más frecuencia a sus pacientes al psiquiatra o al psicólogo.

-Sí, muchos problemas que no resuelve la medicina general se transforman en trastornos funcionales de índole psicológica. Eso también es un abuso.

-Es como si se quisiera hacer del psiquiatra un mago que sirviera para todo, incluso para aliviar las contradicciones sociales.

-Eso ocurría más antes, con el auge del psicoanálisis, pero creo que eso ha pasado. El psiquiatra es tan impotente y tan potente como cualquier otro profesional de la medicina. Estamos para resolver los problemas de los enfermos mentales, no los del mundo. Pero, insisto, una de las obligaciones de los distintos profesionales médicos es también la de ocuparse de los problemas psicológicos de sus pacientes. Lo mismo digo de los padres, no se puede dejar todo para los psicólogos y los psiquiatras. Ésa es una manera de quitarse los problemas de encima.

-Ahora se habla mucho del trastorno de bipolaridad.

-La psiquiatrización de la sociedad está, en gran parte, promovida por las empresas farmacéuticas. Eso debe saberse. Hace unos años se hablaba de la fobia social, que fue inventada para vender millones y millones de un fármaco.

-¿Se inventan enfermedades para vender determinados productos?

-Sí, hay una inflación de la enfermedad. Me dedico a la psiquiatría desde hace sesenta y seis años y los llamados bipolares son lo que antes conocíamos por ciclotímicos, personas que pasan de la euforia a la depresión. Nunca se habían diagnosticado tantos casos como ahora, cualquiera es calificado de bipolar. Además se ha introducido otro concepto peligrosísimo, que es el de la llamada «comorbilidad», es decir, la coexistencia de dos enfermedades, aunque en la práctica es la coexistencia de dos síntomas: depresión y ansiedad, trastorno esquizofrénico y ansiedad... ¿Cómo no va a existir esa ansiedad si hay un trastorno esquizofrénico o depresivo? ¿Qué objeto tiene eso? Pues que además de tratar cualquiera de los trastornos citados tenemos que recetar fármacos para la ansiedad. Eso es necesario denunciarlo.

-¿Los psiquiatras colaboran con ese estado de cosas?

-Nunca hubo tantos psiquiatras como ahora, cosa que está muy bien. No es que colaboren, es que no hay demasiado pensamiento crítico en las distintas profesiones. Mire usted lo que pasa

con los jueces. Se va a tratar si se pueden abstener por razones morales de una ley aprobada por el Parlamento. Eso no puede hacerse.

-Hay quien habla de un aumento preocupante de las depresiones.

-No lo veo con esa medida. Las depresiones con tristeza inmotivada e inhibición son tan escasas como en la época en que no había bipolares y se diagnosticaba ciclotimia. Es otro abuso.

-Usted está considerado un memorialista de excepción por «Pretérito imperfecto» y «La Casa del Olivo». El debate sobre lo que se ha bautizado como memoria histórica está en la calle. No faltan voces que defienden el tácito pacto de la transición por el que se optaba por no remover el pasado.

-La memoria histórica es una deuda pendiente y es compatible con la transición. Qué menos que se sepa el nombre de aquellos campesinos analfabetos que lucharon por la República pensando en un mundo mejor, que ahora hay, y fueron fusilados. Y qué menos, también, que sus familias puedan enterrar sus restos dónde quieran. Hago alguna excepción, como la de Lorca, que me parece innecesario: está en un parque casi sagrado. ¿Para qué tocar eso? Pero otros están por ahí, en cunetas, como los fusilados de mi pueblo (San Roque, en Cádiz). El asunto de la memoria histórica no es sólo cuestión de historia, hay excelentes historiadores, sino una tarea de reivindicación. Lo mismo que me parece bien que se recuerde a las víctimas del terrorismo o a quienes padecieron durante la guerra civil y en un momento de quiebra del Estado, la represión de ciertas hordas.

-¿Está a favor de retirar los símbolos franquistas de edificios públicos, como el de la Universidad Laboral de Gijón?

-Hay que retirarlos, claro, es una indecencia, pero manteniendo los edificios. El Valle de los Caídos debe convertirse en un centro de recuperación de la memoria histórica, de ambos bandos. La guerra fue un momento de un gran violencia, no saben lo que supone.